



Delia Domínguez o la responsabilidad de un destino común

A medida que se cierra en el horizonte de este año la entrega de un nuevo Premio Nacional de Literatura, surgen muchos candidatos dispuestos a cederse -merecidamente- la corona de campeón nacional de las letras. Yo me quiero referir en esta oportunidad a una mujer sobresaliente, poeta y académica de fuste, en un medio exigente donde las mujeres afortunadamente no tienen que pedir perdón por brillar -como suele suceder en otras latitudes-, gracias a la acción precursora de escritoras como Gabriela Mistral y Marta Brunet, entre tantas otras.

Naturalmente, el primer requisito que debiera ser exigible para todo aspirante a este principal galardón, es que tenga una obra maciza y madura, esto es, que constituya un real aporte a la tradición literaria nacional y una contribución a la supervivencia o regeneración del canon; y que haya asumido, tanto en profundidad como en extensión, las carencias de su tiempo. A lo anterior todavía debe añadirse algo que no está -tal vez- en la obra concreta del aspirante ni en su currículum, pero que constituye a mi juicio una de las exigencias más ineludibles: una trayectoria concuente, solidaria y especialmente lúcida con su medio, lo que implica un testimonio de vida literaria congruente con la trascendencia del galardón, que haya evolucionado desde el egocentrismo innato del común de los creadores hacia una actitud de generosidad y aportación enriquecedora, que en el plano académico se traduzca también en una conducta activa y convocadora.

Todos los requisitos anteriores los han cumplido, a cabalidad, los premios nacionales otorgados en los últimos años (y especialmente -quiero dejarlo sentado a guisa de reivindicación objetiva- Alfonso Calderón). Es por ello que debemos seguir cuidando el cumplimiento de tales exigencias inherentes al prestigio de nuestro principal premio en las letras.

En este sentido, es posible decir que también las condiciones señaladas son satisfechas a plenitud y en exceso por la osomina Delia Domínguez (que contrariando a Wilde, es capaz de decir su edad sin detrimento de la confianza que sabe generar). Toda una vida consagrada a la literatura, expresada tanto en una obra rica y sostenida, como en una entrega académica y humana sobresaliente, es coronada en 1999 con la recepción del Premio



Carlos Aránguiz

(1982), «La Gallina Castellana y otros Huevos» (1995, Premio Consejo Nacional del libro 1996); y «Huevos revueltos» (2000).

Miembro de Número de la Real Academia Chilena de la Lengua, y por ello integrante de la seleccionada pléyade de los custodios de nuestras letras, Delia Domínguez no ha renunciado a su acendrada vocación provinciana que tanto delatan sus poemas y todavía sostiene un vínculo irrefrenable con la tierra materna, «aunque tenga -que viajar por eso a la capital varias veces al mes-, como tampoco ha negado jamás a un novel escritor una palabra de aliento, un consejo útil o una porción de su saber o comprensión, cumpliendo de este modo con la máxima de que la poesía sea «una forma superior de la fraternidad» (Octavio Paz). La poeta ha estado presente, como protagonista, en todos aquellos espacios donde la literatura necesita un atalaya y así ha sido, en el ámbito literario, panelista de radio, conductora de televisión o editora de prensa escrita. Hoy por hoy, es la voz femenina más reconocida de nuestras letras y, si es cierto lo que Rilke sostenía en cuanto a que la gran transformación del mundo estriba

Delia Domínguez o la responsabilidad de un destino común [artículo] Carlos Aránguiz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aránguiz, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Delia Domínguez o la responsabilidad de un destino común [artículo] Carlos Aránguiz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile